

SEMANARIO CRITICO

de Religión, Ciencias y Españolismo

Director: **José Domingo Corbató,** *Presbítero*

Predica la verdad, insiste con oportunidad y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina (2 Tim. IV, 2)

Año II	Precios de suscripción: Un semestre. . . 4 ptas. Un año. . . . . 7 » Extranjero. año. 12 »	OFICINAS: *Bordadores, 12, 2.°* Valencia 3 de Enero de 1901	Venta *(Pago adelantado)* Número suelto 15 cénts. Por correo. . . 20 » Anuncios: 5 cénts. línea	Núm. 14

"INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO"

«...Vuelva á vivir en la sociedad el espíritu cristiano; no se pongan obstáculos á su bienhechora influencia, y se tendrá mejorada la sociedad. Al momento quedarán acalladas las contiendas de las clases inferiores con las superiores, establecido el mutuo respeto y á salvo los derechos de todos, bajo la más sagrada inviolabilidad. Si se escucha la voz de Cristo lo mismo ricos que pobres cumplirán con sus deberes respectivos. Los unos comprenden que, si quieren salvarse, tienen que guardar la justicia y la caridad: los otros, refrenar la ambición y codicia. Paz y felicidad en la familia serán bienes estables bajo la salvaguardia del temor saludable de Dios; pues quien aquel temor tiene, hace lo que El manda, y se aparta de lo que El prohibe.

»Por idéntica razón cobrarán nuevo valor á los ojos de los pueblos los mismos preceptos de la ley natural, tales como el de respetar á la Autoridad légítima y de obedecer las leyes, y la prohibición de acudir á los motines y á las conspiraciones bajo ningún pretexto. De este modo, allí donde la ley de Cristo impere sobre todos y reine sin oposición, consérvase inalterable sin esfuerzo el orden por Dios mismo establecido, y del cual dependen el bienestar y la prosperidad de los pueblos.

»Por consiguiente, el bien público está pidiendo á gritos que la sociedad, no solamente los individuos, la sociedad toda entera vuelva al punto de partida, que nunca debiera haber abandonado; vuelva á Aquél que es *camino verdad, y vida.* Conviene que Cristo sea restablecido en su trono social, como le corresponde; y es menester que todos los miembros y todo el organismo de la república, las leyes preceptivas y las prohibitivas, las instituciones populares y los centros de instrucción, el matrimonio y la familia, los palacios de los ricos y los talleres de la industria, todo participe y se sature de la vida sobrenatural, cuyo principio es Cristo.

»Y nadie ignora que de esto depende, sobre todo, esa cultura social que tanto se desea, y cuyos elementos sociales son, no las comodidades y las riquezas, que son bienes del cuerpo, sino las buenas costumbres y la práctica de las virtudes, que perfeccionan el espíritu.

»Los más de los que viven alejados de Cristo, lo están por ignorancia, más que por malicia; porque muchísimos hay que emplean perseverante estudio en conocer la naturaleza del hombre y la del mundo, pero muy pocos los que procuran conocer á Jesucristo, Hijo de Dios.

»Nuestro primer cuidado sea, pues, desterrar la ignorancia y hacer que sea conocido Aquél que, por no serlo, es despreciado. Esto rogamos encarecidamente á cuantos se precian del nombre de cristianos; cada cual, en la medida de sus fuerzas, trabaje para que su divino Redentor sea conocido porque es imposible que quien le contemple con serenidad de intención y recto juicio, no vea claramente que nada hay más saludable que su Ley, ni más divino que su doctrina». (LEÓN XIII. Encíclica *De Jesu Christo Redemptore.*—1.° de Noviembre de 1900).

La llave histórica del siglo XX

Regi sæculorum inmortali, et invisibili, soli Deo, honor, et gloria in sæcula sæculorum. Amen.
(Cap. de Prima).

Cristo Rey por el Gran Monarca

PASAJES DEL PROFETA ISAÍAS

«El pueblo que andaba en tinieblas vió una gran luz: amaneció el día á los que moraban en la fría región de la muerte. Un Niño ha nacido para nosotros y se nos ha dado un Hijo, el cual lleva sobre sus hombros el Principado, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de Paz. Su imperio será amplificado, y la paz no tendrá fin.

»En aquel día será cantado este cántico en tierra de Judá: Sión es nuestra ciudad fuerte; el Salvador será para ella muro y antemural. Abrid las puertas, y éntre la gente justa, que observa la verdad.

»Ya se ha disipado el antiguo error: Tú, Señor, nos conservarás la paz, la paz, ya que en Ti tenemos puesta nuestra esperanza. Vosotros (nos dicen los Angeles) pusisteis para siempre vuestra esperanza en el Señor; en el Señor Dios, que es nuestra fortaleza eterna. Porque Él abatirá á los que se ven sublimados, humillará la ciudad altiva, la humillará hasta el suelo, la humillará hasta reducirla á polvo. La hollarán los pies, los pies del pobre; la pisarán los mendigos.

»En aquel día el Señor, con su espada cortante, y grande, y fuerte, tomará residencia á Leviatán, serpiente gruesa (protestantismo, filosofismo, masonería); á Leviantán, serpiente tortuosa (liberalismo); y matará la ballena que está en el mar de este mundo (política revolucionaria).

»En aquel día arrojará de sí cada uno de sus ídolos de plata y sus ídolos de oro; ídolos que os habéis fabricado para idolatrar. Y caerá el Asirio al filo de la espada; pero no espada de hombre, pues la espada que le atravesará, espada será de Dios. Y por el terror vendrán á desfallecer sus fuerzas, y huirán despavoridos sus príncipes. Lo ha dicho el Señor.

»Sabed que un rey (el Gran Monarca) reinará con justicia, y sus magistrados gobernarán con rectitud. Y este varón será como un lugar de refugio para guardarse del viento y guarecerse de las tempestades, y será como arroyos de frescas aguas en tiempo de sequía, y como la sombra de una alta peña en medio de un páramo.

»No se ofuscarán ya los ojos de los *videntes*, y escucharán con atención los oídos de los que oigan á los *profetas*. Entonces el corazón de los necios entenderá la ciencia, y la lengua de los balbucientes hablará clara y expeditamente.

»El insensato ya no será más llamado príncipe, ni el tramposo tendrá el título de magnate; porque el necio hablará necedades, y su corazón maquinará maldades usando de hipocresía, y hablando de Dios con doblez, y consumiendo el alma del hambriento, y quitando el agua al que muere de sed.

»Las armas de que se vale el impostor son muy malignas, pues está siempre maquinando tramas para perder con mentirosas palabras á los buenos, mientras el pobre habla lo que es justo. Pero el Príncipe que yo os anuncio pensará cosas dignas de un príncipe y velará sobre los caudillos de su pueblo.

»Mujeres opolentas, levantaos y escuchad mi voz; hijas que os perdéis confiando en las riquezas, prestad oídos á mis palabras; porque después de días y de años, vosotras que vivís tan confiadas os hallaréis en turbación, pues ya no habrá más vendimias ni más recolección de frutos. Pasmaos, mujeres opulentas; temblad, vosotras que estabais tan confiadas.

»Espinas y abrojos cubrirán la tierra de mi pueblo, hasta tanto que de lo alto se derrame sobre nosotros el espíritu del Señor, pues entonces el desierto se convertirá en un Carmelo (región fructífera) y el Carmelo en un desierto; y la equidad habitará en el desierto y la justica fijará su morada en el Carmelo.

»Y la obra de la justicia será la paz, y el efecto de esta justicia el sosiego y seguridad sempiterna. Y reposará mi pueblo en hermosa paz, y en tabernáculos de seguridad, y en el descanso de la opulencia.

»Aquel que anda por las sendas de la justicia y habla verdad, que aborrece las riquezas adquiridas con la calumnia y tiene limpias sus manos de todo cohecho, éste es el que tendrá su morada en las alturas; sus ojos verán al Rey de los cielos en su gloria.

»No verás ya, oh Príncipe, un pueblo descarado, un pueblo de hablar obscuro, cuya algarabía de lenguaje no puedas entender, el cual carece de toda sabiduría. Tus ojos verán á Jerusalén, mansión opulenta.

»El Señor es nuestro Juez, el Señor nuestro Legislador, el Señor nuestro Rey: Él es el que nos ha de salvar».

«La región desierta é intransitable se alegrará, y saltará de gozo la soledad y florecerá como lirio: fructificará copiosamente y se regocijará llena de alborozo, y entonará himnos; se le ha dado á ella la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo y del Sarón; éstos verán la gloria del Señor y la grandeza de nuestro Dios.

»Decid á los pusilánimes: buen ánimo, no temáis; mirad á vuestro Dios que viene á ejecutar una justa venganza. Dios mismo en persona vendrá y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y quedarán expeditas las orejas de los sordos. Y la tierra que estaba árida quedará llena de estanques, y de aguas la que ardía en sed. En las cuevas, que eran antes guaridas de dragones, nacerá la verde caña y el junco.

»Habrá allí una senda y camino que se llamará ca-

mino santo: no lo pisará hombre inmundo, y éste será para vosotros un camino recto, de tal suerte, que ni aun los más lerdos se perderán en él.

»Examinad atentamente el libro del Señor leed en él: nada de lo que os anuncio dejará de suceder, ni una sola de estas cosas faltará, pues lo que sale de mi boca Dios me lo ha dictado, y su espíritu mismo ha reunido todo esto».

A los incrédulos.—Sin duda más de cuatro de nuestros lectores, incrédulos en la aplicación que hacemos de estas profecías sagradas al Gran Monarca, se reirán y tal vez nos compadecerán. Harán mal: tengan la seguridad de que sabemos lo que decimos y de que no poco lo hemos pensado antes de escribirlo. Es más: podríamos poner aquí pasajes de todos los profetas bíblicos, pues no hay uno sólo que no diga algo referente al Gran Monarca venidero; y si alguien lo duda, puede leer lo que dice el Eclesiástico en elogio del Profeta Isaías, aplicable á los demás Profetas canónicos: «Vió Isaías, dice, con su grande espíritu profético *los últimos tiempos;* anunció las cosas que han de suceder *hasta el fin de los siglos*».

Por estas y otras razones varios expositores sagrados y no pocos coleccionadores de profecías no han vacilado en atribuir al Gran Monarca muchas grandezas profetizadas de Jesucristo. Adrien Peladan, v. gr., cuya obra *Nouveau Liber Mirabilis* tenemos á la vista, dice en ella, con el criterio que le distigue:

«Toda la Biblia está consagrada al anuncio de Jesucristo y glorificación de su Iglesia: pero hay muchos sentidos figurados que es menestes estudiar en los expositores. Además de estos sentidos simbólicos, las Escrituras tienen pasajes que atañen especialmente á ciertas épocas, y en particular á los últimos tiempos. Los Profetas no se han olvidado de hacer notar este punto esencial en sus revelaciones; así es que el Gran Monarca, cuya existencia tiene una relación tan directa con la Iglesia y la economía general de las sociedades que habrá en su tiempo, es señalado con gran precisión en cien lugares del Libro inspirado: los textos son numerosos».

Esto supuesto, no extrañarán nuestros lectores que el Gran Monarca esté claramente anunciado en varios capítulos del Apocalipsis. Expliquemos solamente el X de dichos capítulos.

II

El Gran Monarca Rey por Cristo

Paráfrasis del cap. X del Apocalipsis (1)

I.—*Y vi otro Angel,* un Gran Monarca, un enviado de Dios para regenerar el mundo; *Angel fuerte* por su fe, su celo, su doctrina, su constancia, su ingenio, su saber, su fortaleza y su poderío; *Angel fuerte,* porque Dios estará con él para que venza por las armas á todos los tiranos, todas las repúblicas, todos los cismas y herejías, y someta el mundo á su imperio que será el Cristo reinando en la sociedad; Angel que bajaba del cielo, esto es, de la Iglesia Católica: primero porque en castigo de sus pecados será humillado ante ella, y segundo porque pertenecerá á la Jerarquía eclesiastica; de la cual, convertido con la eficacia de San Pablo, bajará á ceñirse la espada en nombre del Dios de los ejércitos que le envía después de haber luchado con la pluma. Baja de la Iglesia envuelto por una nube de obscuridad, de humildad, de abnegación, de misterio y de secreto, para que sea abatido y no conocido hasta que llegue el día señalado.

Vi en su cabeza un arco iris, prenda de la paz que ha de dar á los hombres, señal de reconciliación con Dios y manifestación espléndida de la sabiduría con que hará contribuír al reinado de la paz y la justicia todas las ciencias, todos los adelantos y progresos. *Su rostro era como el sol,* en lo cual vi significado el esplendor de su justicia, de su gloria imperial, de su inteligencia y su saber, de su celo por la Religión y la Patria, de su caridad para con los frágiles y de la supremacía con que en todo brillará entre todos los príncipes del mundo, que serán sus aliados ó vasallos.

Sus pies eran como dos columnas de fuego, porque en lenguaje bíblico los pies significan la extensión y poderío de un imperio, y porque este embajador celestial, ardiente y brilante por su fe y su ciencia, como la columna de fuego que guió á Israel, será con su imperio guía y firme sostén de la Iglesia y de la paz universal.

II.—*Y tenía en su mano un librito abierto,* esto es, los Cánones y decisiones de un Concilio Ecuménico, continuación del Concilio del Vaticano, que se celebrará por iniciativa y poder de este Gran Monarca, especialmente para reformar al Clero, y cuyas disposiciones hará cumplir con todo rigor: por lo cual se dice que tiene el librito en su mano.

El libro es pequeño, *librito,* no por lo que contiene, sino por su poco volumen, pues en poco texto abarcará mucho y será más claro que los Concilios pasados, especialmente por la forma que hará y llave que dará para interpretar las Sagradas Escrituras; y asimismo sus frutos, con harto menos trabajo, serán mayores que los de todos los Concilios: por todo esto se dice que el librito está *abierto.*

Representa también este librito el Apocalipsis, cuya parte histórica será perfectamente explicada por obra del Monarca sabio y poderoso, y las profecías de los siervos de Dios, que son meros comentarios apocalípticos; y asimismo representa la constitución ó ley fundamental que dará á su pueblo y al mundo para extirpar de raíz los males pasados.

Y puso el Angel su pie derecho sobre el mar, en señal de que sus flotas lo dominarán de polo á polo, venciendo con poco aparato de naves, pero con fuerza incontrastable, todas las armadas enemigas; *y su pie izquierdo sobre la tierra,* porque en ésta no ha de dominar sin que preceda su poderío naval, y porque siendo su fuerza menor en tierra que en mar, por tierra será más acometido y le costará más trabajo dominarla; pero la dominará con el auxilio de Dios, según se ha dicho al declarar que por los pies se entiende la extensión y el poderío de un imperio.

(1) Compendio de todo cuanto las Profecías anuncian del Gran Monarca, especialmente el Venerable Holzhanser en el capítulo x de sus autorizadísimos y proféticos Comentarios sobre el Apocalipsis.

La dominará, sobre todo, en virtud de la Santa Cruz que llevará en sus banderas. Cruzados serán sus ejércitos; la Cruz será su guía y su fuerza, de ella recibirá el poder contra todas las potestades del infierno y del mundo contra él conjuradas, y este es otro de los sentidos que encierra el librito que lleva en la mano, pequeño en apariencia y grande en virtud.

Puso su pie derecho sobre el mar, el pie más fuerte, y el más débil, ó *el izquierdo, sobre la tierra*, porque aquel mar significa la impiedad de todo género, movible y tempestuosa y difícil de dominar, y tierra significa la parte buena de los hombres, sólida y fácil de recorrer, por lo cual basta para ella el pie izquierdo.

. III, IV.—*Y clamó con una voz grande, á manera del león cuando ruge.* Es decir, que una vez que empiece á reinar en su pueblo, y aun antes, clamará enérgicamente contra todas las podredumbres sociales y religiosas, declarando guerra implacable á todo mal. Su voz, como el rugido del león, que simboliza la Patria de este Monarca, llenará de terror á los malos, como el rugir del león aterroriza las fieras del desierto, por lo cual todos los precitos se conjurarán contra él.

Asimismo esta gran voz representa los edictos y leyes que dará y hará ejecutar en beneficio de la Fe Católica y de la sociedad civil, con rabia y espanto de los malos.

Y así que hubo clamado, siete truenos hablaron sus voces ó estallaron, esto es, estalló la voz de los siete pecados capitales por boca de los impíos que tratarán de resistirle por todos los medios, levantando contra él una horrible tempestad de odios, calumnias y asechanzas, y volviendo en guerra contra él las siete armas con ayuda de los siete demonios ó siete cabezas de la bestia; pero todo inútilmente, porque el Monarca fuerte será en todas las cosas protegido por el Dios de los ejércitos que le dará la victoria.

Y así que los truenos hubieron estallado, iba yo á escribir lo que dijeron, y oí una voz del cielo que me dijo: sella lo que han hablado los siete truenos; escribe que han hablado, sí; pero lo que han dicho *no quieras escribirlo*, porque no conviene se descubran antes de hora los secretos que atañen á la repentina aparición del Gran Monarca y la furiosa persecución que padecerá; no conviene se disipe la nube en que viene envuelto, y menos que se divulgue el modo como aterrará á los malos con siete truenos correspondientes á las siete edades, y á los siete candelabros ó espíritus de Dios, y á las siete principales virtudes con que combatirá los siete vicios.

Por otra parte, así que todos los impíos y tiranos á una se conjuren como una tempestad contra el Gran Monarca, y le denigren con sus diatribas y calumnias, y preparen contra él todas las armas, los fieles vasallos y todos los amigos de este Príncipe querrán defenderle por escrito, y él mismo quedará afligido de tanta infamia; pero *una voz del cielo*, esto es, de la Iglesia, la voz del Papa legítimo, dirá á unos y otros: no os aflijáis, no os conturbéis, despreciad la mentira, tenedla por lo que vale, y preparaos á rechazar la fuerza bruta con la fuerza santa para que triunfe la Causa de Dios. Y entonces,

V, VI, VII.—*El Angel que vi estar sobre el mar y sobre la tierra*, el Gran Monarca cuya dominación universal empezaba, *levantó su mano al cielo*, de donde le venía su gran poder, lo mismo que su autoridad, y lleno de celo por su Dios ultrajado y por el bien de su Patria y del mundo todo, lleno de ardor por el triunfo de la fe y de la ciencia, *juró por el que vive en los siglos de los siglos y crió el cielo y lo que hay en él, y la tierra y cuanto hay en ella, y el mar y cuanto él contiene, que ya no habrá más tiempo* para los enemigos de Cristo, cuyos días están contados. Contra ellos se lanzará con ímpetu incontrastable por aire, tierra y mar, testigos de su grandioso juramento, acabará con todas las herejías, con todos los errores, con todas las sectas, con todos los corruptores y todos los tiranos.

No; *ya no habrá más tiempo* para que se cometan los males sociales y religiosos que corrompieron y ensangrentaron las edades pasadas, sino que todos serán echados al infierno; porque si bien los males surgirán de nuevo al fin de la edad sexta ó del Gran Monarca, ó sea *en los días del séptimo Angel, cuando éste empiece á sonar su trompeta*, ya no será para que dominen por siglos las naciones como antes, sino por el breve tiempo del Anticristo; y de esta suerte *se consumará el misterio de Dios*, esto es, lo que Dios nos ha *anunciado por sus siervos los profetas*, tan menospreciados de esta generación incrédula y frívola.

Después de lo cual habrá todavía un tiempo, cuya duración no se sabe, y que algunos extienden á mil años, no con el espíritu herético de los milenarios, sino con espíritu de verdad y de fe.

Se consumará el misterio de la acción de Dios en los siglos pasados cuando el séptimo Angel *empieza* á tocar la trompeta; no se sabe cómo será después el mundo, ni cuánto durará, pues el Angel no hace más que *empezar*. Ni siquiera los ángeles del cielo saben cuándo será el día en que Dios juzgará al mundo.

VIII, IX, X.—Así que el Gran Monarca triunfe de todos los enemigos del orden, consagrará todos sus esfuerzos al esplendor del librito abierto que en su mano lleva. Por eso yo, representando toda la Iglesia militante, *oí la voz del cielo que hablaba otra vez conmigo y decía: Anda y toma el libro abierto de la mano del Angel que está sobre el mar y la tierra.* El Pastor Angélico, un Pontífice santísisimo, pronunciará las alabanzas de su hijo el Monarca fuerte, lo coronará Emperador de Oriente y de Occidente, y sancionará las grandes reformas debidas á este Emperador universal, mandado severamente que sean de todos aceptadas; reformas, no sólo eclesiásticas, sino sociales en todos los ramos de la vida, la ciencia y el arte, las cuales serán recibidas por los hombres de mano del Monarca por Dios enviado, esto es, impuestas por su poder para la felicidad de todos los hombres.

Fuí, pues, al Angel, pidiéndole que me diera el libro, como irán todos los fieles, pues entonces todos serán fieles, y me dijo: *Tómalo y devóralo, y llenará de amargura tu vientre*, esto es, tu carne, tus pasiones, tu naturaleza corrompida, tus miembros pecadores; *pero en tu boca será dulce como la miel*, quiero decir, será dulce á tu espíritu, á tu fe, á tu celo por la gloria de Dios, á tus

miembros justos, porque la doctrina pura, la moral santa, tanto son amargas para los malos como dulces para los buenos.

Tómalo y devóralo es mandato imperativo, porque mandato será y no consejo aquel por el cual se imponga este libro á los hombres. Y en verdad, *entonces recibí el libro de mano del Angel y lo devoré*, esto es, lo estudié y practiqué con santo afán, *y era en mi boca dulce como la miel; pero así que lo hube devorado, quedó mi vientre lleno de amargura,* quedaron mis concupiscencias abatidas, con gran pena de mi parte inferior.

XI.—*Y me dijo* el Angel: *es necesario que de nuevo profetices á las naciones, y pueblos, y lenguas, y á muchos reyes.* No se ha hecho esta paz para que estemos ociosos, dirá el Gran Monarca: es menester que de ella se aprovechen los ministros de Dios para llevar la luz del Evangelio á los países más apartados y desconocidos, para que de todo el mundo se forme un solo rebaño y un solo Pastor.

Id y evangelizad: dulce como la miel es la paz, dulce el descanso después de las fatigas pasadas, y amargo y duro el trabajo en tan lejanos países; dulce la felicidad social y religiosa de que gozamos, y amargo y terrible el tiempo que á esta época seguirá; pero tanto mayor debe ser vuestro afán por el arraigo de la verdad y la evangelización de todo hombre, cuanto mayores fueron los estragos que pasaron y más temibles se presentan los que han de acompañar al Anticristo.

Mucha es la labor que nos queda: *es necesario seguir profetizando á las naciones, y pueblos, y lenguas, y á muchos reyes;* vosotros con la Cruz y la palabra, ya con la Cruz y la espada.

Asimismo aquel Monanarca sabio hará que todas las ciencias sigan profetizando, esto es, descubriendo con nuevas y espléndidas razones su absoluta conformidad con la Fe. El Dios de las Ciencias las bendecirá, y nunca el progreso humano habrá tenido tal período de desarrollo. Los inventos que se harán exceden ahora toda previsión.

Así, con este admirable acuerdo, procederán entonces la Iglesia, la Ciencia y el Imperio.

Este es el Gran Monarca español anunciado por San Isidoro, San Vicente Ferrer, Santa Brígida, San Alfonso Rodríguez, San Nicolás Factor, cien otros santos y las Sibilas; éste el gran Crucífero y fundador de la orden religioso-militar de los Crucíferos, profetizado por San Francisco de Paula y mil profetas más: éste *El hombre que se necesita* y por el cual todos claman hoy; éste el Restaurador de todo en Cristo; éste el Padre de los pobres y protectores de los desvalidos; éste el que ha de llevar á la Patria á la cumbre de la gloria, el Estado á la cumbre de la grandeza social, la Nación á la cumbre del poderío, el Pueblo á la cumbre de la felicidad posible en esta vida. Este es el Gran Monarca que Dios nos guarda, objeto de las profecías más estupendas; éste es el Gran Españolista. ¡Cuándo vendrá el Gran Españolista! *Mitte, Domine, quem missurus es...*

JOSÉ D. CORBATÓ PBRO.



AUTORIDADES

XIV

La Obra del Redentor

No nos avergoncemos del objeto de nuestra adoración: adoramos un Niño, es verdad; pero este Niño es más anciano que el tiempo, se halló en el nacimiento de las cosas, tuvo parte en la construcción del universo, y nada se hizo sin Él desde el primer rasgo del bosquejo de tan gran designio, hasta la colocación de la última pieza de su fábrica.

Este Niño impuso silencio á los oráculos antes de empezar á hablar, y cerró la boca á los demonios, cuando aun se hallaba en el vientre de su madre.

El Hombre á quien adoramos limpió la tierra de esa multitud de monstruos que adoraban los hombres; mas no se contentó con arruinar la idolatría y hacer callar á los demonios; confundió además á la humana sabiduría, y privó de la palabra á los filósofos; y las sectas cedieron el lugar á su Iglesia, á sus dogmas y mandamientos; toda la razón, toda la elocuencia de Atenas, hubieron de cederle; Él es quien humilló el orgullo del Pórtico, quien desacreditó el Liceo y las demás escuelas de la Grecia, é hizo ver que en todas había impostura, que había fábulas en la filosofía, y que los filósofos no eran menos extravagantes que los poetas.

Jesucristo vino á detener los vagos pensamientos del espíritu, y á fijar su razonamiento aéreo. Después de muchos siglos de agitación y turbulencia, vino á hacer tomar tierra á la filosofía, dándole anclas y suguros puertos en un mar sin fondo y sin orillas. Sólo la doctrina de Jesucristo puede dar reposo á nuestra inteligencia; ella define, decide y juzga soberanamente, y nos asegura en términos formales, *que las cosas visibles empezaron, y que las substancias espirituales no se concluirán nunca.* La misma doctrina nos descubre los secretos del cielo con igual certeza; pero estos son secretos importantes que contribuyen á nuestra salud, y no los secretos inútiles, propios únicamente para alimentar nuestra curiosidad. Esta doctrina nos enseña cuanto necesitamos aprender.

En el establecimiento de la Religión cristiana, nada aparece que corresponda al hombre; nada encuentro que no me parezca más que natural en el origen y progresos de esta doctrina: los ignorantes así lo persuadieron á los filósofos: unos pobres pescadores, erigidos en doctores de los reyes y de las naciones, en profesores de la ciencia del cielo, prendieron en sus redes á los oradores y á los poetas, á los jurisconsultos y á los matemáticos.

Esta república naciente se multiplicó con la castidad y la muerte, por más que sean dos cosas estériles. El pueblo escogido se acrecentó con las pérdidas y las derrotas, combatió y venció hallándose desarmado. El mundo, al parecer, había arruinado á la Iglesia; pero la Iglesia abrumó al mundo con sus ruinas. La fuerza de los tiranos tuvo que rendirse al valor de las víctimas; y la paciencia de nuestros padres cansó todas la manos, todas las máquinas; todas las invenciones de la crueldad.

La sangre de los mártires fué muy fértil, y la perse-

cución pobló al mundo de cristianos: la mano del hombre no pudo destruir la obra de Dios; y, digámoslo con firmeza y para gloria de Jesucristo: *los tiranos pasan, pero la verdad subsiste.* En vano se leen en antiguos monumentos inscripciones fastuosas como éstas: *Diocletianus Cæsar Augustus, Galerio in oriente adoptato, superstitione Chistianorum ubique deleta, et culto deorum propagato*, etc. Esta abolida superstición es ahora la religión dominante, y no solamente ha sobrevivido á sus verdugos, sino que reina sobre el trono de sus enemigos, y la ciudad eterna obedece á los Sucesores de San Pedro, y no á los de Julio César.» —(BALZAC. *Sócrates cristiano*).

LECCIONES PARA CIERTOS CATÓLICOS

LECCIÓN XIV

El compromiso de Caspe

Continuemos el tema de la Lección XII: no está de más en este número consagrado al Redentor, al Rey de Reyes y Señor de los señores, y á su Lugarteniente el Gran Monarca venidero. Vamos á describir brevemente el *Compromiso de Caspe*, al que tantas veces hemos aludido. De intento omitiremos las razones que nos mueven á ocuparnos de él precisamente en este número, y asimismo las aplicaciones que de tan memorable acontecimiento pueden hacerse al actual orden de cosas en España. Haga estas aplicaciones la sagacidad de nuestros lectores: el suceso mrece meditarse, más que leerse; extractaremos en primer lugar lo que dice el Sr. Lafuente, en su *Historia Eclesiástica de España*.

Hallábase vacante el trono de Aragón, por muerte de D. Martín, el cual descendía por línea varonil de doña Petronila, hija de Ramiro el Monje. El reino de Castilla era gobernado por la Reina viuda y el Infante D. Fernando el de Antequera, á causa de la minoridad de D. Juan II.

Descollaban entre los pretendientes á la corona de Aragón el dicho D. Fernando y el Conde de Urgel, que tenía poderosos valedores. Para resolver la cuestión se reunió la Junta llamada *Compromiso de Caspe*, después de muchas contiendas y disputas que iban siendo amenazadoras. Aquella Junta fué una prueba sublime de cuán hondas raíces había echado en Aragón la observancia de la ley, y sobre cuán sólidos fundamentos estribaban el trono y el orden público. Es imposible leer sin entusiasmo los actos de aquella Junta, gloria de la España del siglo XV.

El asesinato del Arzobispo de Zaragoza, cometido por los parciales del Conde en beneficio de la causa de éste, complicó por un lado la situación de los negocios y facilitó por otro la solución: el cielo maldijo la causa del Conde de Urgel, muchos de sus parciales se pasaron al partido de D. Fernando, y el Clero miró con justa aversión una causa de tal modo defendida.

Nombráronse por fin, nueve Jueces; los elegidos por Valencia eran: Fray Bonifacio Ferrer, General de la Cartuja; su hermano San Vicente Ferrer, y Ginés de Rabaza. Caspe fué el sitio elegido para fallar arbitralmente en este pleito, en que se litigaba una de las coronas más brillantes de aquel tiempo.

Aun cuando por ser mero teólogo y por el lugar que le correspondía, no fuera San Vicente quien debiera hablar el primero, era tal el respeto que su santidad y rectitud inspiraban, que los siete que le procedían le cedieron su vez. Habló con tal energía en favor del Infante D. Fernando, que sobre la marcha arrastró consigo casi todos los votos. Mirada la cuestión á sangre fría y *por derecho escrito,* quizá tuviera más derecho el de Urgel, pero D. Fernando tenía más virtudes, y la política y la equidad aconsejaban que en caso tan dudoso *se eligiese al mejor.*

Hasta aquí el Sr. Lafuente. Conviene añadir algo tomado de la «Historia de la Vida de San Vicente Ferrer», escrita hace dos siglos por el P. M. Fr. Serafín Tomás; tráelo también, con las mismas palabras, el P. M. Fray Francisco Vidal, en la historia de la vida del Santo.

«Se conservó (la sentencia) en silencio, hasta el día 28 de junio (de 1411) en que se debía publicar. Para esta celebérrima función, se armó junto á la Iglesia un tablado espacioso, con bancos autorizados y adornados de brocados para los nueve Jueces; y otros asientos menores para los embajadores y otros Caballeros.

«Cantóse la misa con gran solemnidad; y concluída; subió San Vicente al púlpito que allí estaba prevenido, y predicó un grande sermón tomando por tema lo del capítulo XIX del Apocalipsis: *Gocémonos y regocijémonos y demos gloria á Dios, porque han llegado las nupcias del Cordero.* Acabado el sermón, tomó el Decreto y Sentencia que se había de publicar, y la leyó:

«...Decimos y publicamos, que los sobredichos Parla»mentos, los súbditos y vasallos de la Corona de Aragón »deben y están obligados á prestar el homenaje de fide»lidad...

»Aquí paró un poco el Santo, haciendo una como digresión alegre y jocosa, para encender más la sed en que ardía el concurso de saber el nombre de su nuevo Rey; y luego prosiguió, leyendo en voz más alta:

«Al Ilustrísimo, Excelentísimo y Poderosísimo Príncipe y Sr. D. Fernando, Infante de Castilla».

»Apenes acabó de nombrarle, fueron tales las aclamaciones de la gente, acompañadas de trompetas, clarines y otros instrumentos, y tal el estruendo de las campanas, que no pudo nuestro Santo decir más palabra. Fué el alboroto grande y general cuando oyeron el nombre de este esclarecido Príncipe, de cuyas nobles y cristianas costumbres estaban bien enterados.

»Con todo este aplauso, no depusieron su dictamen los parciales del Conde de Urgel. Empezaron luego á quejarse de la sentencia, notando á los Jueces de enemigos de la patria. Quiso San Vicente sosegarlos; y subiendo al día siguiente al púlpito, les hizo una plática de mucha erudicion, y entre otras cosas le dijo:

»Hermanos, en puntos de justicia no se aceptan per»sonas ni se atiende á pasiones. Grande sentimiento ha»céis por el Conde de Urgel; y á la verdad, no tiene tan»to derecho como D. Fernando...»

»No bastó, con todo, un San Vicente para reducir

los ánimos rebeldes de los malcontentos (todos *muy católicos*, por supuesto); pero los Reinos y Ciudades celebraron con públicos regocijos tan acertada sentencia. En particular en Valencia hubo tan grande alborozo y fiestas, que fué preciso mandar á los oficiales y labradores que volviesen al trabajo y cultivo de las tierras».

Pensad y aplicad, lectores.

N. DE FUENTEVIEJA



DOS UNIONES

La cuestión palpitante

I

UNIÓN CONTRA CRISTO

«Ruja el infierno, brame Satán!»... No entro bien en materia con esta copla popular: ruja ó brame el infierno, ya sabemos que «la fe de Cristo no morirá». Otra cosa quería decir.

«Sobre las montañas subirán las aguas»... Tampoco voy bien, siquiera esta palabras sean de David. Bien es verdad que las aguas de la persecución oficiosa y oficial han subido estos días sobre una *Montaña*, y seguirá subiendo hasta el *Siglo Futuro* (cuando esto se escribe faltan dos días para que acabe el XIX); pero, pero...

«Entonces aulló todo el campamento de los Asirios»... Tampoco, tampoco voy bien, aunque tantos aullidos se dan hoy que nos ensordecen y aturden. ¿Acertaré, por fin?

«El hombre necio se engríe con altanería y se tiene por tan libre como el pollino del asno montés»... De asnos monteses y pollinos de asnos monteses está lleno este agreste país que dicen fué España: muchos asnos ó pollinos son; no me expongo á sus coces ó á que me aturdan con un rebuzno general.

«Derribaré este templo y lo consagraré á Baco, al Padre Libre»... Vaya, la blasfema de Nicanor, hoy principio fundamental de los blasfemaderos rotativos, es mucha blasfemia; tampoco me sirve para entrar.

«Prometen libertad, siendo ellos esclavos de la corrupción»... Gran verdad sentada por San Pedro, que los «esclavos» del día se encargan de probar; pero todavía no es esa mi idea, ¡Gran Dios!, ¿qué idea es la mía? La de unión. ¿Unión? ¿de quiénes y para qué?

«Hanse coligado los reyes de la tierra y se han confederado los príncipes contra el Señor y contra su Cristo»... Terrible unión; hace ya tres mil años que los Salmos hablan de ella, y dura y durará. Pero es unión contra Cristo, y yo quería hablar de la unión por Cristo... No importa; quizá por aquélla me introduciré en ésta.

Ya voy fijando mis ideas: reyes y príncipes se han unido y conjurado contra Dios y su Cristo. «Rompamos sus ataduras—dijeron,—y sacudamos lejos de nosotros su yugo». Es verdad, sí; libres, libres «como el pollino del asno montés...»

Mas, ¿qué dices, boca pecadora? ¿De qué reyes ó príncipes hablas? ¿Del liberal Saúl hasta el liberal Juliano? Enhorabuena; cuidado con bajar á los siglos de otros liberales, porque te expones á cometer el sacrilegio de poner en duda las libres virtudes y libres dotes de gobierno de otros príncipes que por Cristo se dejarían romper la crisma, porque ellos también son Cristos, y... *nolite tangere Christos meos*, no, *nolite*, antes bien, *laudemus viros gloriosos*...

Los unidos contra el Cristo Dios no son estos Cristos hombres, y muy hombres, que con celo incomparable vuelven por los fueros de la libertad cristiana contra la libertad liberal condenada; son ó fueron unos Anticristos que se estilaron allá en tiempos bárbaros y aun se estilan allá en tierras de bárbaros...

Y con tanta barbaridad, veo que estoy otra vez al principio del camino, porque no es mi intento hablar de bárbaros, y menos cuanto más libres son, pues nadie hay tan libre como los libres que habitan las selvas, á uso de los pollinos del texto.

Reyes coaligados, príncipes confederados contra Dios y su Cristo... ¡Pecador de mí! ¿Acabaré de orientarme? Veamos, veamos...

«Los que dicen al poder impío, tú eres justo, serán malditos de todos los pueblos y detestados de todas las gentes.»

«Los que abandonan la ley de Dios, alaban al impío; pero los que la guardan, se enardecen contra él. Quien seduce á los justos guiándolos por mal camino, caerá en el mismo precipicio.»

«León rugiente y oso hambriento es el príncipe impío que reina en un pueblo pobre.—El príncipe que escucha con gusto las mentiras, no tendrá más que ministros perversos.»

«Mi pueblo ha sido despojado por sus exactores, y es gobernado por mujeres.»

«Les daré muchachos por príncipes, y hombres afeminados les dominarán.—¡Ay de tí, tierra, cuyo rey es niño!»

«Tus príncipes y magistrados son desleales y van á medias con los ladrones: todos ellos gustan de regalos; corren tras del interés y no hacen justicia.»

«Cual es el jefe del pueblo, tales son sus ministros. El rey imprudente será la ruina de su pueblo.»

«Por los pecados del pueblo hace Dios reinar al hipócrita. Por los pecados de la tierra hay en ella tantos príncipes.»

«Dios, oh príncipes, caerá sobre vosotros espantosa y repentinamente; pues aquellos que ejercen potestad sobre otros, serán juzgados con extremo rigor.»

Todo esto dice el Libro de Dios: ¿habré acertado á fijar mis ideas? Paréceme que no: la de unión no me sale... Sáleme otra, y es ésta: «Bienaventurado llamaron al pueblo en que todo esto sucede».

Es un género de bienaventuranza muy original: no sé yo si esta originalidad tendrá algo que ver con la de mi artículo, que de tan original parece el pecado ídem; porque, eso sí, para pecar en el paraíso de tanta ventura, el pecador que esto escribe es todo un Adán... ¡Angel, ven á desterrarle con tu espada de fuego!

Nada menos que eso merece la libertad de la desobediencia, esto es, del liberalismo, que es pecado, pecado grande, pecado enorme, pecado máximo, padre de todos los pecados...

Bueno: pero, ¿no me proponía hablar de unión? ¡Ah, sí! por fin doy con la idea deseada. En, con, por, so, sobre y tras ese pecado se han unido contra el Señor y su Cristo los reyes y príncipes de la tierra...

Pero no digas que este su liberalismo es pecado; por vida de todos ellos, no lo digas, porque te aplastarán, así seas *montaña*...

Pues que me aplasten; digo que es pecado, pecado grande, pecado enorme, pecado máximo, padre de todos los pecados.

II

Unión por Cristo

¿Qué hacemos nosotros, católicos españoles, ante el nuevo desbordamiento de la impiedad liberticida con que se pretende destruir la libertad de Cristo? ¿Qué hacemos, cuando los mal llamados liberales se unen como un solo hombre para cerrar contra nuestra libertad con su licencia, contra nuestra verdad con sus mentiras, contra nuestro Dios de libertad con el dios Libre de los paganos?

¿Qué hacemos? Disputar sobre si son galgos ó son podencos, como los conejos del apólogo, para que siempre los perros nos pillen descuidados; disputar si nuestra unión debe ser así ó asá; si debemos ser de Cefas, de Apolo ó de Pablo, como si Pablo, Apolo ó Cefas hubieran muerto por nosotros en lugar de Cristo: Y todos al saco, y el saco en tierra.

Católicos españoles, creed á quien no es digno de dirigiros una palabra, pero que os dice verdad, como la dijo y repitió el gran Aparisi Guijarro: somos reos de un crimen en presencia de Dios, porque de nuestra unión depende la salud del mundo, que ha de venir por esta abatida España; y nosotros, con tanto hablar de unión, cada día tenemos menos unión.

Dícese que todos estamos unidos en lo esencial, que es la Fe de Cristo: si ayer fué verdad esto, hoy no lo es; hoy el liberalismo ha hecho destrozos horribles en las filas mismas de la Tradición; y cuando no, la Fe sin obras está muerta, y muertas, de consiguiente, la nuestra que en teoría nos une y en obras nos divide.

La unión no se hará, no puede hacerse aceptando todos la idea carlista, ni aceptando todos la idea integrista, ni aceptando todos la idea alfonsina, si cabe catolizarla. Todos hemos de conservar lo esencial que nos une y ceder en lo accidental que nos divide, ceder libre y espontáneamente; nadie debe querer la humillación de nadie; no ha de haber vencedores ni vencidos, sino hermanos que se abrazan.

¿Qué procuran los carlistas, los buenos carlistas? El reinado social de Jesucristo. ¿Qué los católicos acomodados de buena fe con la dinastía reinante? También el reinado social de Jesucristo, el cual hasta los católicos escamados de políticas ó llamados neutrales, quieren de buena voluntad. Pues si á Jesucristo buscamos todos, unámonos en Jesucristo y por Jesucristo: no en ó por Alfonso, Carlos, Ramón ó Diego: mientras tomemos por bandera el nombre de una persona, sea quien sea, iremos á la división y á la muerte.

Unámonos por Cristo, por nadie más, que á la postre la unión ha de ser principal é infaliblemente en beneficie de quien mejor defienda á Cristo. No basta unirnos en la Fe; tenemos que unirnos en la acción, en la lucha contra el enemigo común. Esta es la unión que quiere el Papa, esta la única que nos ha de salvar.

Pero la acción de la Fe en España es cosa de españolismo neto, de españolismo católico, el cual nada bueno rechaza, venga de donde venga; seamos todos españolistas, permaneciendo cada uno donde está y no pretendiendo que los demás se humillen, y lo porvenir es nuestro.

Los Obispos deben ser los primeros agentes de nuestra unión; pero no los únicos, porque dada nuestra española manera de ser, ellos solos no nos unirán jamás en el terreno de la lucha. Hagamos algo que se parezca á las renuncias de los tres Papas en el Concilio de Constanza; hagámoslo sin imposición, libre y espontáneamente: nombren las partes una comisión de Jurados católicos, sabios é intachables, donde puedan intervenir los Obispos en cuanto les incumba, y sienten aquéllos las bases de nuestra unión, á la que todos debemos jurar obediencia. Si hay algún Luna, alguno que de ellas se aparte, sea tenido por no católico, por liberal y cismático.

No dudo que mi proposición hará reir á muchos. ¿Qué le vamos á hacer? No sé discurrir más... Discurran otros otras mejores; pero discúrrase ó hágase algo, pronto, pronto, por la Patria, por la Iglesia, por Cristo Dios.

«Hanse coligado los reyes de la tierra y se han confederado los príncipes contra el Señor y contra su Cristo», y nosotros disputamos como los cismáticos en Bizancio y los liberales en Cádiz, cuando el enemigo asalta ya las murallas.

Sabed que estamos en vísperas de un cataclismo universal: el judaísmo, de una mano con la masonería, de otra con el protestantismo, y apoyado por la ambición alemana y la perfidia inglesa, tiene ya preparada la subversión de todo orden y la hecatombe del mundo cristiano: ¡ciego está quien no lo ve!

En España mismo vamos empujados á una república impía, cuya aparición será como la señal del desquiciamiento definitivo de las naciones. Dúdelo quien quiera, yo le aseguro que pronto lo verá si vive, aunque las apariencias le induzcan hoy á tenerme por iluso. Y si no temiera decir demasiado á quienes no me han de creer, quizá pronunciaría el nombre funesto del llamado á ser presidente: la masonería está actualmente empeñada en hacerlo glorioso.

Católicos, el desbordamiento del infierno es cuestión de un tiempo muy corto. ¿Qué haremos entonces, si no estamos unidos? Beberemos sangre... sangre, de la cual Dios nos pedirá cuenta.

La filosofía de la Providencia, la filosofía de la historia, la filosofía social, tienen leyes invariables, y esas leyes anuncian lo que va á venir: cisma horroroso en la Iglesia; guerra de exterminio en todas partes. Cuando esto acontezca y nos coja desprevenidos, acordaos que

un hombre obscuro lo anunció á tiempo, pidiendo la unión por Cristo.

J. D. CORBATÓ, PBRO.



El proceso de Cristo

—=≍(o)≍=—

La filosofía es la ciencia de las ideas, la historia es la ciencia de los hechos, y la filosofía de la historia, ó es una quimera, ó su objeto ha de estribar forzosamente en ir ordenando todos los hechos y todas las ideas del linaje humano alrededor del gran hecho del advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, esperado con expectación universal por el mundo antiguo, y adorado á blasfemado con amor ó con odio universal por el nuevo mundo.

No hay más en la historia. Del lado de allá de la Cruz la humanidad esperaba al Mesías prometido; del lado de acá del Calvario el género humano adora ó detesta al Judío Crucificado.

La edad antigua es toda ella una profecía del Cristo, y las vicisitudes, guerras y sacudimientos del mundo no fueron sino medios ordenados, ora visiblemente, ya de un modo suelto por la mano del Omnipotente para preparar el advenimiento del Hombre-Dios; la edad moderna es toda ella la realización de aquella profecía, y el dédalo de hechos é ideas en que se agita la humanidad redimida no es sino un himno cantado al Verbo hecho Carne, bien en forma de plegaria, ora en forma de blasfemia.

No hay más en la filosofía. Ó la aceptación del reino de Dios traído al mundo por Jesucristo, ó la rebeldía al Cristo iniciada en Jerusalén y extendida en el tiempo y en el espacio por la libertad prevaricadora.

¿Y sabéis por qué? Porque el Niño de Belén, único que nació de una Madre-Virgen, «fué puesto para la ruina y para la resurrección de muchos, como blanco de la contradicción».

Nadie se extraña, pues, de que el proceso de Cristo, sustanciado y visto en Jerusalén hace cerca de dos mil años, háyase representado días atrás en sacrílega parodia en las calles de Castellón primero y ante su Audiencia provincial después.

Porque el mundo, por virtud y méritos de la profecía de Simeón, última de la ley mosaica, está dividido en dos bandos: el de los discípulos de Jesús que en Él y por Él quieren santificarse y hallar la resurrección, y el de los rebeldes al Cristo, sobre quienes sigue cayendo gota á gota, como estigma de maldición, la sangre del Justo.

Cierto que en uno y otro bando, *ni están todos los que son, ni son todos los que están*, porque la seducción y el engaño tergiversan las cosas y Dios lo consiente por respeto á la libertad humana; pero no lo es menos que la Verdad Eterna tiene dicho: ¡Ay del que se hace el sordo para no oir! ¡Ay del que se hace el ciego para no ver!

Nuestro Señor Jesucristo ha sido llevado por los sectarios ante los tribunales; la Audiencia de Castellón ha sido teatro donde la impiedad, rebelándose contra la soberanía social del Cristo, ha reproducido aquel grito de las turbas deicidas: «no queremos que ése reine sobre nosotros».

Verdad es que no era Jesucristo el acusado, pero lo eran sus devotos que hacen gala de consagrar sus familias y hogares al Sagrado Corazón de Jesús; cierto que no era Jesús el reo sentado en el banquillo, pero lo eran sus súbditos que le aclaman Rey de Reyes, Señor de los que dominan y Rey inmortal de los siglos.

Allí, en aquel juicio, estaban acusados por la justicia humana los sectarios apaleados y los católicos apaleados; allí sufrían acusación los profanadores de las placas del Corazón de Jesús y los discípulos de Jesucristo-Redentor; allí ocupaban el banquillo los que diciéndose ultraliberales resultan liberticidas, y los que á título de siervos de Dios son verdaderamente libres y defensores de la libertad; allí esperaban de la justicia terrena, unos que se proscribiese á Jesús de la vía pública y se le desterrase de las leyes, otros que se proclamase la realeza de Cristo, se reconociesen sus derechos soberanos y se amparasen los fueros de la libertad cristiana.

La justicia democrática eludió el fallo en lo sustancial, y sectarios y católicos, apaleadores y apaleados, expoliadores y expoliados, salieron por igual ilesos de la justicia humana, y sólo el Corazón de Jesús, en sí, y en la persona de sus devotos, resulta profanado, apaleado y despojado de sus derechos y de su realeza.

¡Qué mucho que acabe así este proceso cuando el que se vió en Jerusalén terminó de peor manera!

¿Y habrá aún católicos tan insensatos que no quieren ver claro? ¿Seremos tan locos que como los fariseos le pidamos nuevas revelaciones y más portentosos milagros á Cristo para reconocerle Hijo de Dios y Rey de Israel?

Católicos, á defenderse, ó mejor, á defender los derechos soberanos de Cristo.

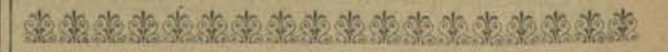
Qui potest capere capiat.

P. S.—A propósito de la famosa causa de las placas del Sagrado Corazón de Jesús, vista la anterior semana ante la Audiencia provincial de Castellón, se le ocurren á un espectador las siguientes preguntitas, que tienen miga:

¿Podrá decirnos el Fiscal de dicha Audiencia, ó quien hiciera sus veces, por qué no se incluyeron en su lista, como testigos de cargo, á los lesionados D. Félix Balado, Pbro.; D. Francisco Breva, Notario; D. Antonio Gozalbo, labrador; y D. Germán Colón, industrial?

¿Quién se servirá explicarnos la razón de no haber comparecido en el juicio oral ni el Gobernador, ni el Alcalde, ni dos agentes de policía, expresamente citados como testigos?

¿...? ¿...? ¿.....?



¡¡GLORIA AL REDENTOR!!

Ipse vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra..., et livore ejus sanati sumus.—ISAIAS.

El suceso exclusivo, el suceso culminante de la historia, el de mayor trascendencia para la humanidad, es

la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Aquellas escenas, en las que palpita un realismo aterrador, fiscal severo é imperturbable de toda especie de maquinaciones sensualistas y de delirios filosóficos, son al mismo tiempo tan singulares y tan asombrosas, que empequeñecen la crítica más elevada y desvirtúan el leguaje más vivo y selecto. En ellas figuran, por una parte, la más negra de las traiciones, la más infame de las hipocresías, la obstinación más ciega y rebelde y el odio más profundo á una doctrina de paz y de amor; y por otra, la firmeza de la verdad incontestable, la santidad eminente nueva para los siglos, y una vida prodigiosa, testimonio de una misión sobrenatural y de una personalidad sobrehumana. Aquellas escenas se ofrecen al mundo con el carácter de imposición suavísima, al par que abrumadora, de poderío moral indestructible, de grandeza soberana, vigorosa y permanente; y atraen al espíritu hacia un orden de ideas y sentimientos esencialmente desligado de las tendencias positivas del hombre, y le sumergen en un piélago de luz virginal, aurora del día eterno. Allí fulgura el ideal de lo más noble, de lo más puro, de lo más bello y de lo más santo. Este ideal supremo, síntesis de todos los ideales inmaculados, monarca de las excelsitudes, vislumbre del reino de los cielos, es la revelación del infinito á las almas incorruptas, la transfiguración de la inteligencia llena de Dios, el ensueño angélico del corazón herido por dardos celestiales. ¡Ah! Vivid, siquiera por unos instantes, en la profundidad luminosa del Evangelio: dominad el espectáculo de las miserias humanas, y os sentiréis como una inmensidad viviente alumbrada por el Verbo, y vuestro espíritu arderá en fuego de amor inextinguible, y de este incendio surgirá la visión de Cristo, Rey de las conciencias, dominador de los siglos, encumbrado sobre todas las sublimidades del tiempo y del espacio. Desde esta elevación contemplaréis los vanos simulacros de esos ejércitos de filósofos que amenazan con sus movimientos y con su tren de batalla al Señor de las generaciones: y comprenderéis por qué el mismo Renán, el desdichado impugnador de la divinidad de Jesucristo, la confiesa en multitud de pasajes, y por qué, no pudiendo substraerse al influjo del éxtasis cristiano, lo apellida «el hombre incomparable, á quien ha »tributado la conciencia universal con justicia el título de »*Hijo de Dios;* el principio inagotable de renacimientos »morales; el fundador de la religión absoluta, no sola»mente para este mundo, sino para los demás planetas, »si tienen habitantes dotados de razón y de moralidad.»

Resumid la inspiración santa del Evangelio en las meditaciones sobre aquel jueves y aquel viernes tan memorables, en los que el tiempo se equiparó á la eternidad y el hombre conquistó á Dios; y con el corazón henchido de amargura os dirigiréis espontáneamente á los incrédulos y á los tibios para preguntarles: ¿no es cierto que la serenidad augusta de Cristo, befado y escarnecido por la soldadesca, la majestad de aquella Víctima inmortal pendiente de la Cruz, vence á las concepciones más grandiosas del genio, é impera sobre todas las diademas intelectuales y sobre todas las jerarquías de la glorificación humana? ¿No es cierto también que los genios más esplendorosos apenas han logrado posesionarse de la razón y del numen de los sabios y literatos, mientras que Jesucristo inflama corazones, transforma almas, sofoca odios destruye vicios, reforma caracteres, arranca lágrimas de ternura y mora en vivos tabernáculos?

No hay género de grandeza inasequible al entendimiento, pero éste se confunde y se anonada ante Jesucristo moribundo. En el Calvario se verifica una realidad que supera á todas las realidades, se escuchan palabras cuyo sentido se halla en la vida eterna, se padecen torturas de mérito incalculables, se derrama una sangre que es la salud de infinitas generaciones. Por eso las carcajadas del escepticismo que resuenan en todas partes mueren al pie de la Cruz, y las inteligencias más apagadas vislumbran resplandores, y los corazones más fríos se conmueven, y los caracteres más degradados repugnan el asentimiento á la burla impía en presencia de aquel tremendo espectáculo. Hasta los rencores tradicionales del libertinaje científico enmudecen, y la más grosera y contumaz de las obstinaciones racionalistas no se atreve contra la solemnidad de aquella agonía. Quizá, en aquellos días de luto universal para la Iglesia de Cristo, las conciencias más aletargadas entre el bullicio del mundo y el hervor de las pasiones, movidos por cierta agitación extraña, despierten á momentos para dirigirse á sí mismas una serie de interrogaciones que la fe solamente puede contestar de un modo satisfactorio: «¿Quién es—se preguntarán con sincera curiosidad no exenta de sobresalto—quién es ese reo soberano que, en el grado extremo de la impotencia, sufriendo atroz martirio, escarnecido por los espectadores de su muerte, promete la gloria inmediata á un compañero de suplicio? ¿Quién es ese hombre excelso que en el colmo de los padecimientos y de la ignominia implora el perdón para sus verdugos? ¿Quién es ese justo inmaculado, ese modelo de santidad, ese inspirador de vida, de pureza y de heroísmo, que apurando el cáliz de infinita amargura que Dios le entrega, y á punto de expirar, se siente abandonado por ese mismo Dios á cuya voluntad se sujeta y á quien tan fervorosamente glorifica?» ¡Ah! La voz interior contestará con grave firmeza, al par que con suavísima dulzura: «Es el Redentor del linaje humano.»

Con estas palabras, por desgracia desatendidas y muy pronto olvidadas, tiene una explicación cabal y perfecta el inefable misterio de aquella vida llena de prodigios y de aquella muerte rodeada de oprobios. Antes de encomendar su espíritu al Eterno Padre, exclama el Salvador del mundo: *todo está consumado;* y, en efecto, ya se han cumplido las profecías; ya han cesado las ofrendas no expiatorias; ya queda satisfecha la eterna Justicia; ya impera la ley de gracia; ya se halla establecido el reinado del amor; ya se han abierto de par en par las puertas del cielo. Cuarenta siglos de error quedan sepultados entre las tinieblas que envuelven á la ciudad deicida: con el terremoto que sucede al gran holocausto, se derrumban las civilizaciones antiguas, y del árbol que sostiene el Sacrosanto cadáver, brota la savia de los nuevos tiempos. Allí queda vencido para siempre el orgullo de todas las categorías humanas; allí queda aniquilada la razón de la fuerza; allí sucumben los odios de raza; allí se anulan todos los privilegios de la tiranía; allí fenece

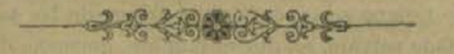
el egoísmo; allí se confirma con terrible solemnidad el anatema contra los hipócritas. Cuando el Centurión baja del Calvario, dándose golpes de pecho y confesando la divinidad de Cristo, afirma también la Redención universal, y proclama la dignidad del hombre y los derechos que trae consigo, y consigna el calor inmenso de aquella sangre que aun gotea del precioso madero.

El misterio de la Redención, foco de las enseñanzas del Evangelio, discifra los enigmas de nuestra naturaleza, resuelve los conflictos del mundo moral y crea una fuente inagotable de dulcísima ternura, honor del corazón y perenne atractivo de la gracia divina. La fe de este misterio es la antorcha que ilumina á la inteligencia para guiarla al verdadero conocimiento de Dios. Por mucho que ésta se esfuerce, jamás logrará unir el amor del Creador hacia la criatura hecha á su imagen, con la necesidad absoluta de la condenación eterna por el pecado, ni tampoco sabrá concertar la idea de la Justicia Infinita con la de la salvación absolutamente necesaria. El libro albedrío de que el hombre disfruta será siempre siempre un obstáculo invencible para la unión de ambos extremos. Pero la Justicia Divina no puede quedar satisfecha sin la plenitud del condiguo castigo, y la Divina Misericordia no reconoce límites á la bondad, y he aquí por qué el Redentor del mundo precisamente había de ser Dios: esta es la razón del Verbo humanado. El Verbo, es decir, la Sabiduría de Dios, que comunicándose al espíritu del hombre, es la palabra eterna, la palabra verdad, la palabra vida, única que puede librarse de toda corrupción, de toda malicia y de toda miseria. Sólo esta Palabra era eficaz para destruir el error antiguo, basado en el fatalismo ciego y en la indómita fuerza brutal, y el error moderno, que se apoya en el orgullo de la razón emancipada y en el exclusivismo de la ciencia positiva. Donde falta la luz del Verbo, jamás se interrumpe la cadena de los errores, y las espantosas consecuencias individuales y sociales que de éstos derivan, se reproducen eternamente.

Elevémonos sobre nosotros mismos; coloquémonos en la cumbre más alta del mundo moral, adonde no lleguen los rumores del triste valle de lágrimas; desde allí dominemos la historia del género humano, y veremos bien señalados los dos caminos opuestos, el de luz y el de tinieblas; el de Cristo y el del pecado: el uno actuando en la gloria, el otro perdiéndose en los abismos. Desechemos las tentaciones del sensualismo, traficante inicuo de la ciencia, déspota de las sociedades, profanador de la filosofía, envenenador de la bella literatura. No nos dejemos arrastrar por esa tempestad de escepticismo que amenaza destruir en todas partes la cosecha del Evangelio. Agradezcamos la redención de nuestras almas; unámonos todos al pie de la Cruz, y exclamemos, llenos de ardor y de entusiasmo, en esta hora suprema, la primera del nuevo siglo: *Adorámoste, oh Cristo, y te bendecimos, pues que por tu Cruz redimiste al mundo.*

¡¡Gloria, gloria eterna al dulcísimo Redentor!!

JERÓNIMO FORTEZA



La Religión y la ciencia

—=«:(⌘):»=—

I
Ciencia antigua

El objeto de la Religión es el mismo que el de la ciencia, con la diferencia de que aquélla se aplica á cosas más nobles y elevadas, y más íntimamente enlazadas con nuestra felicidad ó desventura. ¿Cómo, pues, ha podido acontecer que la Religión y la ciencia se hayan separado alguna vez, y aun venido á ser hostiles entre sí? ¿No será esta una de esas deplorables discordias de familia que contristan á todos los corazones, y que los hombres de bien deben hacer cesar con su influencia? Veamos.

No hay un pueblo en quien no hallemos la ciencia y la Religión dándose la mano y caminando de común acuerdo. Entre los Egipcios y los Galos, en Atenas y en Roma, los sacerdotes eran los que conservaban la ciencia: ellos inventaron las artes, recogieron las experiencias, guardaron las tradiciones y escribieron las historias que nos quedan. La ciencia ha nacido, digamos, sobre el altar, se ha criado en los templos, hase robustecido y hermoseado bajo la guardia de los sacerdotes.

En tiempo del paganismo, la Religión degenerada hizo demasiado por la ciencia: no contenta con inspirar y alentar á los sabios y artistas, consagró sus trabajos y colocó sus obras en sus altares. De este modo las artes, después de haber sido divinizadas, divinizaron á los hombres, y unos y otras se rindieron mutua idolatría.

Llegada á tal punto de elevación, se apoderó el orgullo de la ciencia, y cayó bien pronto en el delirio. En su nombre todo fué desconocido, puesto en duda y apartado de su noble fin. Las artes descendieron al servicio de las pasiones, y las ciencias se anduvieron tras de soluciones absurdas. La filosofía cayó en tradiciones tan grandes, tan palpables, tan notoriamente disparatadas que las personas más sencillas, las que conservaban el sentido común, ridiculizaban sus sentencias, sus inventos y demostraciones. Así todas las grandes cuestiones de aquella época: la formación del mundo, los átomos, el movimiento, la materia, Dios, el alma, la vida futura, son para nosotros un motivo de lástima y tristeza, al ver en qué menguadas argucias se consumían aquellos hombres, que, mirados desde lejos, nos aparecen todavía con figuras tan venerables y majestuosas.

Mientras la ciencia se consumía en vanos esfuerzos, girando puerilmente en el mismo círculo de errores, llegó el tiempo en que la viva luz del Evangelio debía alumbrar al universo. Entonces la ciencia comenzó á entrar de nuevo en su verdadero camino, y todas las artes juntas vinieron á rendir homenaje á la Religión.

Pero antes que esta revolución se llevase á cabo, como si aquella civilización material, aquel pueblo de estátuas, aquellos palacios más suntuosos que templos, aquellos templos llenos de divinidades creadas por las artes, todo aquel mundo que parecía el mundo de las ciencias separadas de Dios hubiera sido culpable de algún gran crimen, recibió un castigo inaudito, un bautismo de sangre y de fuego. El norte vomita de lo interior de sus antiguos bosques una raza feroz, cuya barbarie no

es posible explicar naturalmente. Constitúyese enemiga personal, no sólo de los hombres, sino de las cosas.

Había llegado la postrera hora para la ciencia, la lengua, las leyes, la literatura antigua, los monumentos de las letras y las artes, si la Religión no hubiera acorrido al socorro de la ciencia. Entonces la Religión llamó la ciencia á sí, y la recibió en su santuario, único asilo inviolable.

Allí fué donde, mientras en el mundo todo era ignorancia, y barberie, y ferocidad, preparábanse en silencio y secreto todas las bases sobre que debía construirse el nuevo estado social. ¡Asombroso espectáculo! Como si las ciencias hebieran tenido necesidad de ser regeneradas por la penitencia, de los excesos á que se habían prostituído, sacerdotes austeros, fervientes cenobitas, cristianos de esos que decían que no hay sino *una sola cosa necesaria*, los que predicaban que la *ciencia hincha*, y hacían profesión de no *saber* más que una cosa, á Jesús, y á éste crucificado: esos hombres eran los que nos conservaban los anales licenciosos de la mitología pagana, la lengua del circo y del foro. Esas poesías de Horacio, compuestas en medio de las delicias del Tiber, regadas con vino de Salerno, y coronadas con las flores de Tívoli, eran trasmitidas á la posteridad por el asiduo trabajo de un novicio de puro y cándido corazón, que no se acercaba á ellas sino con el cuerpo extenuado de ayunos y maceraciones, ceñidos los lomos de un cilicio, pálida la color del rostro, como si los copistas hubieran debido expiar los crímenes de los autores que trascribían. Pero la Religión, obrando de esta manera, quería conservarnos los anales del mundo y mostrar á los hombres tales como existieron.

¿Dónde estaban á la sazón los sabios y los eruditos que tanto tiempo habían levantado sus pensamientos contra Dios? Habían desaparecido dispersados como arista liviana que arrebataba un viento de tempestad. Si existía algún conocimiento de lo pasado; si había un historiador, un poeta, un filósofo, un sabio en alguna ciencia, preciso era buscarlo en la Iglesia ó en el claustro. Letrado ó clérigo, sabio ó sacerdote, habían venido á ser términos sinónimos.

Advertidos y guiados por las obras que salvaron los sacerdotes, sostenidos por las recompensas de los pontífices, alumbrados con esas sublimes inspiraciones que la Religión sabe comunicar á los que trabajan por ella, dejáronse ver los Miguel Angeles y Rafaeles, levántase San Pedro de Roma, todas las artes son glorificadas, y antes de finalizar el siglo XVII los modernos nada tienen que envidiar á los antiguos.

Entonces Pascal era, al mismo tiempo, gran geómetra, profundo pensador y devoto, y Bosuet llevaba el nombre de filósofo. Esta unión, sin embargo, no fué de larga duración. Poco á poco la ciencia se separó nuevamente de la Religión. Apenas emancipada, recien salida de sus brazos, la ingrata desconoció á su madre, rehusó su apoyo, avergonzóse de su origen y se ligó contra ella.

¿Pero qué habían descubierto aquellos sabios? ¿Qué habían inventado para renegar así de toda una herencia de Dios, de toda una existencia de la humanidad? La ciencia misma se ha avergonzado de sus adeptos. Dejemos á los muertos dormir en sus sepulcros; sobre aquella generación descreida, sobre sus obras y pensamientos, sus teorías y sistemas, ha corrido un río de sangre. En medio de la nación más oculta y civilizada del universo se levantó una generación, enemiga primeramente de Dios, en seguida de los hombres, y luego de las cosas. Mostróse irritada contra las artes, las ciencias, las letras, los libros, los viejos perganimos, las inmensas bibliotecas, las estátuas, los templos, las solemnidades religiosas, los nombres antiguos, contra todo lo que había tentado hasta entonces la estima y el corazón de los hombres. Notemos solamente cómo las ciencias y las artes fueron perseguidas en el momento en que más se habían levantado contra la Religión.

II
Ciencia moderna

Hoy dia sabemos bien lo que falta á nuestro siglo, cuán rara es la fe, cuán vacilantes las creencias, cuán vagas las ideas; conocemos la indiferencia y desdén que una parte de la generación presente afecta hacia la Religión, y el odio que profesa á la autoridad. Cierto, he ahí la parte mala de la sociedad; pero no nos dejaremos dominar de estas tristes imágenes; otras hay más consoladoras que reclaman nuestra atención. La doctrina de la incredulidad se ha elevado muy alto, se ha ramificado mucho, ha esterilizado muchas almas generosas y producido larga cosecha de desdichas; pero gracias á Dios la *noche se acaba, y el alba se avecina* á más andar; lo creemos con firme confianza. ¿Y cómo no lo creyéramos, cómo no abriéramos el corazón á la esperanza, y nos paladeáramos con la perspectiva de mejores días, al ver el imponente carácter que toman hoy los descubrimientos científicos?

¡Cosa singular, pero que no es nueva en los fastos de la Providencia! Muchos de los sabios, penetrados aún de preocupaciones contra el cristianismo, consumen su afanosa vida en combatirle, y combatiéndole nos descubren su majestuosa grandeza. Hace mucho tiempo se dijo á la Iglesia que *era necesaria la herejía;* y con efecto, esta palabra sencilla y profunda como todas las del Apóstol que la escribiera, se ha cumplido en toda la duración de la historia cristiana. La Religión es como un atleta, cuya talla, vigor y agilidad no se revelan completamente sino cuando se le ataca.

Así, por más que los geólogos y zoologistas reunidos pregunten á nuestro viejo mundo acerca de su edad, y cuenten sus revoluciones, y calculen el progreso orgánico de los seres, lejos de confundir á Moisés, le confirman en todos los puntos esenciales. Y se ven forzados á contar como él y con el mismo orden sucesivo la reparación de los fluidos, rompimiento de la corteza terrestre para formar las montañas y los mares, la organización de las plantas y animales, y por encima de la escala, el hombre, hechura más perfecta de los seis *tiempos* de la creación; no está lejos el día en que la geología y zoología no serán sino un comentario magnífico del Génesis.

En los estudios históricos ¿qué acontece? No hace aún mucho tiempo se suponía en el origen de las sociedades un estado salvaje, en que el hombre, hermano del mono,

vivía en los bosques, sin otro lenguaje que un grito, sin más pensamiento que el instinto animal: he aquí otra hipótesis hostil á todas las religiones del mundo. Pero sin hablar de los trabajos publicados por célebres pensadores sobre el origen del lenguaje y la revelación primitiva, cuanto se descubre cada día refuta tan ridícula suposición.

Los monumentos escudriñados, las lenguas comparadas, los dogmas, los ritos, las tradiciones de la Europa y del Asia, reconocidas idénticas en el fondo, demuestran que cuanto más se sube al origen de los tiempos, más unidad, grandeza y Religión se hallan en la inteligencia humana. ¡Así se han desvanecido tantos sueños vergonzosos!

El abyecto sensualismo que enervaba el ingenio, esterilizaba el corazón y proscribía lo bello, objeto en adelante de mofa y desdén, no es ya sino funesta y exclusiva herencia de espíritus vulgares ó de hombres dominados por las más ruines pasiones. La *fisiología* se ostenta tal como debe ser, moral y religiosa, bajo la pluma sincera de los Berardos, Alibertos y Joviles, etc., los cuales pulverizan los sofismas de Cabanis, el sistema impío de Brauvais, y la extravagante cronología de Gall.

Las doctrinas *psicológicas* vuelven su dignidad y su inmortal distinción al hombre degradado por los sofistas. Verdad es que algunos se esfuerzan en rejuvencer añejos errores bajo de formas menos caducas: se deja la análisis por la síntesis, el ateísmo se hace panteísmo, y como la zapa no muerde ya el edificio cristiano, aparentan creerle demolido, y se prueba á fundar otro en el aire. Pero la frase sonora y hueca de los panteístas está ya tan desacreditada, como si datara de otro siglo. La Europa después de las violentas sacudidas de las revoluciones, se ha penetrado de estudios más profundos, de un carácter más grave; busca en las teorías su resultado aplicable, por ahí las juzga, y no bien descubre en su fondo el mal, la discordia, ó sea desolante aridez que el materialismo introduce en los corazones y en el genio, retrocede al punto con espanto. Así parece que la Providencia no haya querido mostrar al fantasma para despertar las naciones que se dormían, para que caminen con andar más vivo hacia sus bellos caminos. Las artes se abandonan también á la dirección feliz que venimos indicando, y como avergonzados de su inmoralidad pasada, tornan á buscar en el cielo las inspiraciones que á tanta alteza las elevaron algún día.

Así en los trabajos científicos, en todas las manifestaciones del pensamiento humano no hay ricos elementos que tienden todos á fecundarse por la Religión. La Providencia los ha sembrado, ella sola los riega de gracia y de vida, sólo ella sabe cuáles serán sus frutos. ¡Pero qué diferencia entre esta situación y la del pasado siglo! ¡Cómo los enciclopedistas hubieran reído con desdén de estas ideas que brillan hoy con tanta gloria! ¡Y cómo las hubieran silbado! ¡Y cómo hubieran venido miserablemente al suelo en medio de un mundo enervado que daba la ley á la opinión!

Por eso los que hoy la defienden pueden lisonjearse con la esperanza de ser oídos. Los conocimientos de hechos, las buenas instituciones, las bellas obras del arte recobran poco á poco su lugar en el pensamiento europeo; la inteligencia humana se halla en uno de esos momentos de crisis que producen grandes cosas; una fuerza irresistible arrastra la inteligencia de los sabios hacia las verdades religiosas; todo anuncia un período feliz en que la Religión y la ciencia, santamente hermanadas, se darán recíprocamente el ósculo de paz.



EL ÁRBOL DE LA MUERTE Y DE LA VIDA

(Leyenda oriental fundada en la Sagrada Escritura y en las tradiciones adoptadas por San Vicente Ferer y otros santos).

I

Acababa de ofrecer en Salem su primer sacrificio de pan y vino el gran sacerdote Melquisedech, cuando el mismo Espíritu de Dios, que le había inspirado aquel acto de culto, hízole vislumbrar, á través de larga serie de siglos, la fecunda realidad de su sacrificio profético.

Vió al Verbo de Dios oculto bajo la envoltura humana, ofreciendo al Padre el sacrificio de su carne y de su sangre por la redención del mundo; vióle morir pendiente de un árbol sangriento; admiró la inmensa amargura de aquel sacrificio prefigurado en el suyo de pan y vino, y súbito apareció en su alma un pensamiento de indignación que ya no se separó de ella.

«Arbol fatídico; árbol cuyo fruto emponzoñó nuestra existencia, y de hijos de Dios nos mudó en hijos de pecado; árbol seductor de donde brotaron la perdición y la muerte: he aquí los resultados de la desobediencia en que tu fruto hizo incurrir á los primeros padres. Los cielos se inclinan hacia la tierra para disipar tu sombra con su espléndida lumbre; tu sombra, extendida sobre toda la raza pecadora, es la que obliga al Hijo del Eterno á revestirse de nuestra carne y morir por nuestro pecado. Arbol de pecado, ¿dónde estás? Manifiéstate y te arrancaré de tu asiento y te entregaré al desprecio de los mortales para que todos huellen tu ignominia».

Una voz secreta le dijo entonces al corazón: «Las fuentes que brotaban en medio del Paraíso bañan todavía el árbol de la muerte; de ellas se forman los cuatro ríos paradisaicos Phison, Gehon, Tigris y Euphrates».

Melquisedech sintió al punto invencible deseo de recorrer el Asia en busca de aquellas fuentes, para arrancar el árbol decrépito y darle el destino que acababa de prometerle.

Algunos días después hallábase á orillas del Euphrates, acompañado de dos familiares, un hombre venerable que se dirigía al país de Hevilath, cuna del oro y del aljófar y del brillante, según el sagrado texto (Génesis). Era el gran Sacerdote.

Ardua era la empresa, pero él, puesto en Dios su corazón, clavada su memoria en el árbol de la muerte, insensible á la fatiga y seguro de coronar su obra, vadeando ríos, y cruzando páramos, y atravesando bosques, y venciendo montañas, llegó después de largas jornadas

á la tierra de Mosoch, tocó en la de Arphaxad, pasó á la primitiva de Chus, llegó á los límites de la de Hevilath, y desde las alturas del Ararat observó que en las vertientes de aquella enriscada cordillera brotaban las fuentes de los cuatro ríos. ¡Estaba en el Paraíso de Adán y Eva!

II

Pero su alma languideció de tristeza al contemplar aquellos parajes solitarios, un día acariciados por brisas del cielo y entonces yermos y sombríos como la región de la muerte. Al arrojar de allí á nuestros primeros padres, el Angel había hecho pasar su espada de fuego por aquel país de delicias, convirtiéndolo en estrago y desolación. Allí palpitaba todavía la venganza y oprimía el corazón bajo el peso de sus iras.

En medio de un valle de hórrido aspecto, habitado por muchedumbre de terribles serpientes, y de singular manera señalado por la espada del ángel, vió el impávido sacerdote un árbol parduzco, casi negro, sin nombre conocido, tan gigantesco, tan seco, tan extraño, que semejaba la visión de los sueños de un criminal. Melquisedech, sin embargo, acercóse, lo examinó, y pudo hallar en él señales inequívocas de la primera maldición que Dios lanzó sobre la tierra.

La destructora mano del tiempo parecía haber temido acercarse al árbol de perdición: espeso matorral de agudas espinas cercaba su tronco, por el cual subió enroscada y silbando enorme serpiente; densa sombra que helaba el corazón se cernía sobre aquel árbol espantoso, como para no dejarle recibir la luz del cielo; y el viento, rozando indignado contra su seco ramaje, parecía murmurar palabras de terrible anatema.

No había duda. Aquel árbol fatídico era el de la muerte: de aquel árbol procedía la ruína universal que tan sangrientos sacrificios había de costar al hijo de Dios.

Melquisedech hizo una señal a los que le acompañaban, y aunque el árbol era de extremada dureza, á los pocos momentos se desplomaba al suelo crujiendo como atormentado por maléfico genio invisible.

De su ramaje se hizo una gran pira, cuyas cenizas se esparcieron á los cuatro vientos, y el tronco fué arrastrado hasta el nacimiento del Euphrates. Se le arrojó al agua, y flotando sobre la corriente llegó al país de Aram, de donde fué trasladado al río Jordán para conducirlo á Salem.

Pasó algún tiempo, muy poco, y sobre un torrente de Salem hallábase tendido á manera de puente un enorme tronco que servía de paso. Era el árbol de la muerte, allí colocado por Melquisedech, para que, hollándolo todos los transeuntos, hallasen en él el pecado y la muerte que por él habían entrado en el mundo.

III

Corrieron las generaciones y los siglos; el país de Canaán era la morada de los hijos de Jacob. Salem habíase convertido en Jerusalén; sentábase en el trono de David su hijo Salomón, y la reina de Sabá venía á rendir un tributo de admiración al Rey de la Sabiduría.

Entonces miró el Señor al tronco del torrente, y dijo:

«Arbol de maldición fuiste, fuiste árbol de muerte, y has pagado ya lo que de ti podían exigir los hombres; pero Dios exige de ti una satisfacción más abundante: serás convertido en árbol de bendición y de vida, y tu segundo fruto borrará los males que causó el primero. Las generaciones han maldecido de ti, pero otras generaciones te bendecirán y adorarán agradecidas».

La reina de Sabá, de retorno á su tierra, iba á pasar por el tronco del torrente, al tiempo que el Señor pronunciaba estas palabras. Dios hizo que ella las sorprendiese en su corazón, y la afortunada reina conoció desde luego los futuros destinos de aquel madero.

«No—dijo,—no profanará mi pie ese tronco venerando, sobre el cual ha de morir el Redentor del mundo. Vadeemos el torrente, y vaya un nuncio á poner en conocimiento de Salomón lo que Dios acaba de inspirarme».

Su órden fué obedecida; y cuando Salomón estuvo sabedor de lo ocurrido, en nombre del Redentor profetizó diciendo:

«Debajo de un árbol te comuniqué salud y vida, humanidad pecadora; debajo del árbol mismo á cuya sombra fué desflorada tu madre y violada la que te dió á luz». *(Cant).*

En seguida, para librar de la profanación el venerable madero que había de ser el instrumento de nuestra Redención, así como lo fué de nuestra ruina, el hijo de David mandó hacer una hoya de cuarenta pies de profundidad y lo enterró en el fondo, convirtiendo después aquella excavación en una piscina para el servicio del Templo. Esta piscina fué la que recibió el nombre de Probática.

Y porque en su fondo yacía aquel venerable instrumento por medio del cual había de consumar el Redentor la obra de nuestra salud, la virtud del cielo afluyó desde luego á la piscina como el agua de las vertientes que le alimentaban. Un ángel removía en determinados tiempos del año sus aguas, comunicándoles virtud para sanar al primer enfermo que las tocase después de la moción.

IV

Llegada por fin la plenitud de los tiempos, el Verbo de Dios se encarnó, y habitó entre nosotros, y vivió nuestra vida, y predicó su Evangelio, y padeció, y fué sentenciado á muerte de cruz. La hora de la Redención había llegado: del árbol de la muerte iba á brotar la vida del cielo.

Un encargo habían hecho los escribas y fariseos al carpintero que había de construir la cruz: «Hazla—dijéronle—de madera dura y pesada, para que sirva de mayor tormento al seductor que ha de llevarla sobre sus propios hombros al lugar del suplicio.

En las aguas de la Piscina Probática repercutió esta fiera blasfemia: extremeciéronse de espanto, y su fuerte sacudimiento removió la tierra del fondo, dejando al soterrano madero libre paso para que subiese á flotar en la superficie.

Acertaba á pasar entonces por allí el desgraciado carpintero, vió aquel enorme tronco flotante, apreció su dureza y el peso que la humedad le comunicaba, y como

muy acomodado á su intento, lo sacó y construyó de él una cruz de quince pies de largo por diez de brazo. La raza deicida quedó gustuosa de este trabajo impío.

Pocas horas habían pasado, y el Autor de la vida exhalaba los últimos suspiros de la suya clavado en aquella cruz.

El sacrificio de Melquisedech había llegado á su plenitud: la profecía de Salomón habíase cumplido. Del mismo árbol fatal, cuyo fruto nos había causado la muerte, pendía el fruto de vida eterna; allí fué corrompida y violada la progenitora de los hijos del pecado, y allí ctra mujer purísima fué constituída progenitora de los hijos de Dios; allí desobedeció el hombre terreno que introdujo el pecado, y allí obedeció hasta la muerte el hombre celestial que nos dió la gracia.

La gracia y el pecado, la muerte y la vida, Adán y Jesús, Eva y María, el cielo y la tierra, iban esculpidos en aquel árbol, proclamando unos la ruina del imperio del mal por ellos establecido, y abriendo otros la gran era de reconciliación entre Dios y los hombres.

V

Cuando me postro ante una partícula de aquel árbol para adorarla, siento en mi alma un frío glacial que la enerva y anonada: es la muerte del pecado que de lo alto de aquel árbol lanzó sobre ella su germen para perderla. Mas por un contraste único en la creación, siento también calor dulcísimo y vivificante que difunde en la misma vigor y alegría: es la vida de la gracia que de lo alto del mismo árbol dejó caer sobre mi alma un germen divino para salvarla.

Y así, luchando y reluchando entre la muerte y la vida, entre el pecado y la gracia, entre el espíritu y la carne, y tembloroso ante la partícula de aquel árbol más antiguo que el hombre y duradero hasta el fin de los tiempos, terrible como la muerte, y amable como la vida, adoro los inexcrutables designios de la Providencia... y entro en reflexión de mis pecados... y me confundo... y clamo á Dios... y termino diciendo y repitiendo con el Apóstol:

«Lejos sea de mí gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo».

P. CORBATÓ

La Voz del Maestrazgo, 31 de Marzo de 1892.

VI

¡O Crux, ave, spes unica! ¡Oh Cruz Santa, Cátedra del Dios de los humildes, Trono del Rey de los perseguidos por la justicia! Sólo en Tí me gloriaré; Tú eres mi única alegría, mi única esperanza, mi único amor; Tú eres mi salud y mi santidad.

Mírote cuando la víbora de la tentación me muerde y con su letal veneno emponzoña mi alma, y sólo con mirarte siento renacer la vida en mí, como renacía en los israelitas del desierto cuando mordidos por las serpientes miraban la cruz del monte.

¡Oh Cruz, piedra angular del mundo, llave de la Historia, consumación de todos los misterios, cumplimiento dé todas las profecías, fundamento de toda sociedad civilizada! ¡Oh Cruz, puerta del Cielo y muerte del pecado, compendio de toda virtud y de toda ciencia, escarnio del mundo y sabiduría de Dios!

Mírante los impíos y blasfeman de Tí; los mundanos, y te desprecian; los tibios, y quedan indiferentes; los fervorosos, y ante Ti se postran; los Santos, y ante Ti se extasían y contigo se abrazan. Mírante los sabios del mundo y llámante necedad; mírante los sabios de Dios y no hallan saber fuera de Ti, ni verdad sin tu verdad, ni luz sin tu luz, ni riqueza sin tu pobreza, ni alegría sin tu dolor.

Triunfa, Cruz de mi Dios; triunfa de las potestades del mundo, sé el estandarte de todas las naciones, alúmbranos desde los templos y las plazas, desde los monumentos y las torres, desde los valles y las escarpadas cimas, en la tierra, en el mar y en los aires. Triunfa, Cruz de mi Dios, para que todos se gloríen en Ti y en Ti se inspiren las artes y las ciencias, las sociedades y los gobiernos.

Siglo tuyo, siglo de la Cruz será el venidero, porque los ejércitos de la Cruz, los humildes, los pobres, los perseguidos, los santos Crucíferos, por tu virtud han de dominar la tierra y someterla á tu imperio soberano. Todos te adorarán, todos se gloriarán en Ti, todos cantarán tus alabanzas.

«Salve, Crux sancta, salve, mundi gloria;
Vera spes nostra, vera ferens gaudia;
Signum salutis, salus in periculis;
Vitale lignum, vitam ferens omnium.
Te adoramus, te, Cru em vivificam...»

(P. CORBATÓ. De un manuscrito inédito: París 1890).

Retrato de Nuestro Señor Jesucristo

hecho por el Cónsul Publius Lentulus, siendo Gobernador de Judea, en carta escrita al senado Romano, en el tiempo en que la fama del Redentor empezaba á esparcirse por el orbe.

»Hay actualmente en Judea un hombre de una virtud singular, á quien llaman Jesucristo. Los bárbaros le creen profeta; pero sus sectarios le adoran como descendiente de los dioses inmortales. Resucita á los muertos y cura á los enfermos por medio de la palabra ó del tacto; es bien formado y de estatura elevada; su aspecto es dulce y venerable; sus cabellos son de un color indefinible, cayendo en rizos hasta más abajo de las orejas, y esparciéndose con gracia sobre los hombros, están divididos en la parte superior de la cabeza, como lo llevan los nazarenos. Su frente es alta y despejada, y sus mejillas sólo tienen un sonrosado agradable. Su nariz y su boca están formados con una regularidad admirable. Su barba espesa y de un color semejante al del pelo, tiene dos pulgadas de larga, y dividiéndose por la mitad, forma la figura de una horquilla. Sus ojos son brillantes, claros y serenos. Censura con majestad; exhorta con dulzura; cuando habla y cuando se mueve, lo hace con ele-

gancia y gravedad. Nunca se le ha visto reir; pero se le ha visto llorar con frecuencia. Es muy templado, modesto y juicioso. Es un hombre, en fin, que por su excelente belleza y por sus perfecciones divinas supera á los hijos de los hombres».

PORVENIR

¡Heureux ceux qui viennent après nous!—
LAMARTINE.

Pasará el huracán y la tormenta,
El aire quedará límpido y puro,
Y el hombre marchará con pie seguro,
Guiado por la antorcha de la fe.
Ni se hallará un vestigio de las nubes
Que empañan el azul del firmamento,
Ni un leve soplo del impuro viento
Que agitar esas turbas hoy se ve.

Entonces el espíritu tranquilo
A Dios se elevará en plácida calma
Y al santo fuego derretida el alma,
En incienso de amor se exhalará.
¡Feliz quien vea tan felices días,
Y en ella goce su existencia entera!...
Esa generación que el mundo espera
A juzgarnos también se detendrá:

Y la historia, al buscar de nuestros días,
Verá en ella que un tiempo hubo una gente
Con hipócrita voz y altiva mente
Que á los hombres odiaba y al Criador.
En ella encontrará que unos mortales,
Locos escudriñar queriendo el cielo,
Intentaron rasgar el denso velo
De sus altos misterios con furor.

Y no alcanzando con su imbécil ciencia
Del eterno saber el gran secreto,
Su templo santo hollaron sin respeto
Y á sí propios alzaron un altar.
Y á su propia *razón* dieron el mando,
Y á su propio *interés* su guía hicieron,
Y «no hay más Dios, al mundo le dijeron,
Ninguno nuestra frente ha de humillar».

Eso dirá la historia, si no miente:
Y cuando fije su atención en ella,
Eso verá generación tan bella
Que de asombro y de espanto temblará.
Mas hallará tambien que entre las olas,
Por tan furiosos vientos combatida,
La augusta nave de la fe oprimida
Intrépida luchando siempre va.

Que la semilla de las mies impía
No pudo echar raíz en este suelo
Que el seno le negó; vano es su anhelo;
Nadie, Señor, de aquí os podrá arrancar.
Están de vuestro amor las almas llenas,
A Vos el valor deben, el sosiego
El pudor, la virtud, el sacro fuego
En que os agrada verlas inflamar.

Llama feliz que el corazón eleva
A otra región más pura y más hermosa,
Do el mal se olvida, do la paz reposa,
Do no penetra del rencor la hiel.
Fuego divino que los que hoy respiran
A sus hijos legar anhelan puro,
Y en este suelo conservar seguro,
Luchando por dejarla intacto en él.

¡Ah! no juzguéis de su valor y fuerza
Por el fulgor de quien potente goza,
De quien por grande parecer, destroza,
Y huella la virtud por dominar.
El cielo sabe que en los pechos bullle
Vivo siempre, recóndito y constante:
El cielo sólo ve el fuego radiante
Que no sale á las plazas á brillar.

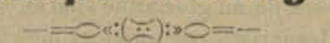
Aceptadlo vosotros con fe pura;
A vuestra sombra crezca y se enderece;
Que una serie de abuelos os lo ofrece
Y depuró la horrible tempestad.
Vosotros, más felices y tranquilos,
Gozaréis su anhelado poderío...
Si entonces otra vez se alza el impío,
A vuestros nietos nuestra fe legad.

J. H.

Valencia 8 de Mayo de 1843



Los tiempos han llegado



La manifestación del sentimiento general acerca del siglo XX no puede ser más consoladora. Tanto los periódicos como los particulares, todos se prometen una próxima y feliz regeneración social y religiosa. ¿Quién ha puesto en el corazón de los hombres este común sentir? La lógica natural que es una especie de luz infusa, aquella luz del rostro de Dios que David vió señalada en los hombres. *Vox populi, Vox Dei.*

Esto es un argumento poderoso en favor de lo que venimos anunciando acerca de la restauración general.

Nos ocuparemos del tiempo probable en que se ha de hacer; por de pronto, conste que, sin darse cuenta, todos vienen á decir con el ilustre autor de las *Veladas de San Petersburgo*: «Ya no hay religión en el mundo, y el género humano no puede permanecer en este estado. Además, tremendos oráculos anuncian que *los tiempos han llegado ya*».

Imprenta Españolista.—*En Bou, 12.—Valencia.*